

BUEN HUMOR



40 CENTIMOS



—Pero, mujer, si no hubiera una gota de agua sobre la superficie de la tierra, no se podría aprender a nadar, ¡y entonces figúrate la cantidad de personas que se ahogarían!

Ayuntamiento de Madrid Dib. AREUGER.—Madrid.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26).....	10,40 —
Año (52).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas v Librería. S. A. Apartado 605. Habana

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

Los famosos polvos insecticidas

LEYER y COMP.^A

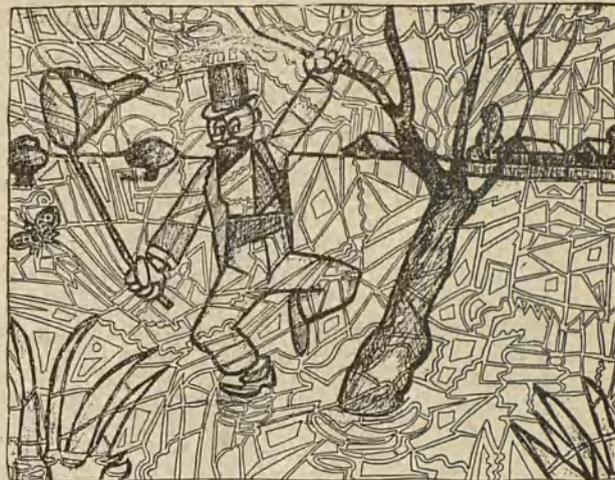
**Son infalibles para la destrucción
de toda clase de insectos**

NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE AGOSTO.—Segunda serie de soluciones



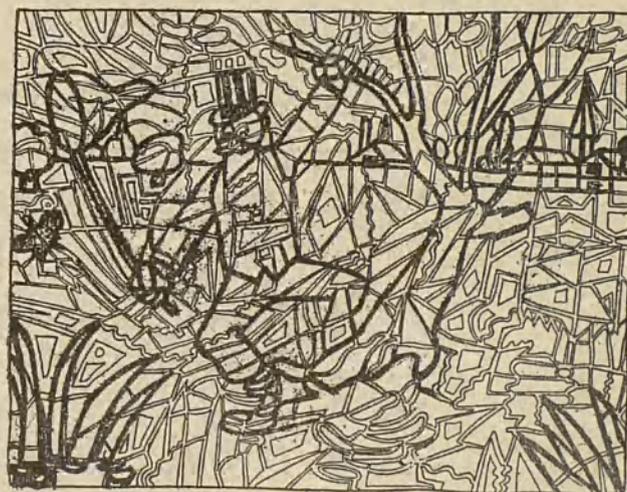
Blanca Sánchez.—Málaga.



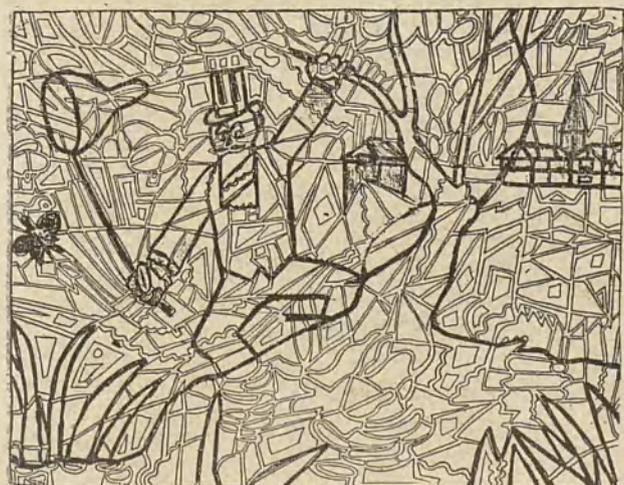
Luis Llovera Cerdá.—Ceuta.



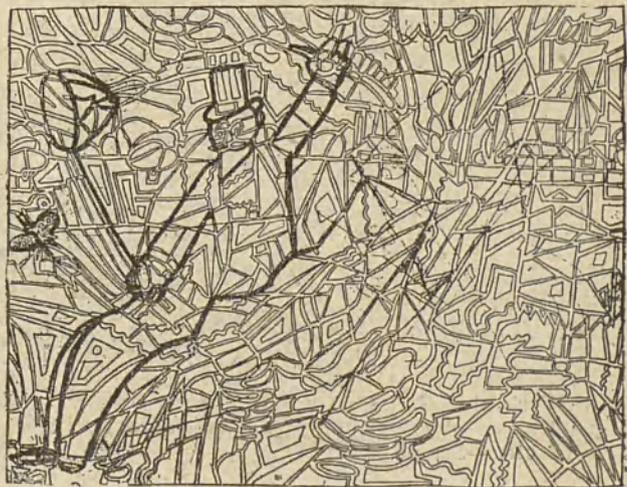
José Utrera Figueroa.—Málaga.



Vicente Figuerola.—Sueca.



Agustín García García.—Madrid.



Sebastián González.—Madrid.



Varon Dandy

AGUA COLONIA

*El hábito
no hace al monje*

pero un perfume sí.

Un perfume hace y dice lo que es un caballero. Es el verdadero hombre, el que sabe distinguir lo propio de su sexo, el que mantiene la popularidad del

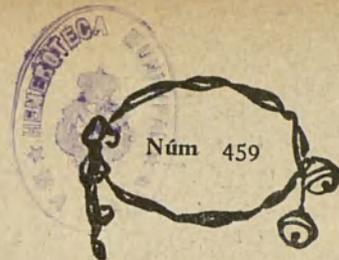
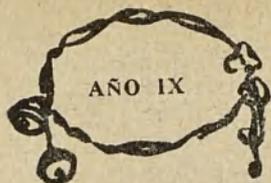
AGUA DE COLONIA "VARON DANDY"

porque además de aséptica y tónica para el aseo e higiene de su persona, exhala una fragancia varonil que le distingue y le califica.



El sablista.—Smith no me ha querido prestar quinientas miserables pesetas que le he pedido prestadas. ¿Cree usted que hay en el mundo otra persona capaz de hacer otro tanto?
El otro.—Sí; yo.

(De *The Passing Show*.)



AVENTURA INDIGNA EL DEMENTE DEL BANCO



A tarde estaba llena de efluvios estivales y atestada de perfumes urbanos. Todo sonreía por doquier, y la gente paseaba por do quería. A mí, por ejemplo, me estaba dando la gana de pasear por el Retiro, y lo hacía con una comodidad y una euforia realmente opíparas y anacreónticas. Mis finos zapatos del cuarenta y dos hacían crujir la arena del parque, y entre mis dedos humeaba un cigarrillo turco que me había dado momentos antes un amigo nacido en Cáceres y criado en Tarragona (criado porque no podía ser amo), cuya especialidad consistía en hurtarle el tabaco al señorito con una desvergüenza prestidigitadora inimitable.

Todo esto quiere decir que en aquel momento era yo más feliz que republicano, y cuidado que hay que ver lo republicano que yo soy cuando tengo tiempo para ello!... El placer de pasear sin hacer nada me había puesto sonrosada la faz, y hasta me permitía el poco dispendioso goce de tararear una canción de Guerrero, que es el colmo del optimismo inconsciente...

Naturalmente que, como le ocurre a todo paseante que se estime en algo, acabé por experimentar un ligero conato de cansancio. Y como esto, en los parques públicos, se remedia fácilmente, opté por buscar un banco donde proporcionar a mis poco ebúrneas posaderas el bien ganado reposo. Tardé en encontrar lo que deseaba tres horas más de lo que había pensado. Todos los bancos estaban dolorosamente llenos. En uno había un ama de cría y dos sacerdotes; y como los tres eran más gordos que la que se ha armado en Galicia con el viaje de propaganda de Cal-

vo Sotelo y compañeros mártires, calculé con diáfana claridad que allí no cabía una persona más, o, dicho de otra manera, que allí no cabía más que irse. Los dos sacerdotes y el ama (que es mi deber hacer constar que no era ama de ninguno de los dos) me agradecieron mi determinación con un fino gesto de gratitud provinciana.

En otro banco había una *nurse* inglesa haciendo punto, dos *puntos* más no haciendo nada, un anciano leyendo *El Debate* y un obrero mirando con ojos foscos al anciano, seguramente por estimar que aquella lectura era ofensiva para un comunista acérrimo y enyesado.

En otro banco había dos novios en ac-

titud belicosamente prenupcial, una señora que parecía la madre de la novia y parecía además un hipopótamo, un soldado de cuota cortándose las uñas, un paleta y un pollo, de aspecto indefinible, que lo mismo podía ser un poeta ultraísta venido de Guatemala, que un hortera de un establecimiento de tejidos, que un ciudadano de estos que empeñan cosas en el Monte con triste persistencia.

Y así sucesivamente en todos los demás bancos que iban surgiendo a mi paso.

Pero, en fin, como todo lo que uno espera acaba por llegar tarde o temprano, el banco que yo anhelaba apareció repentinamente ante mis ojos. En él no había más que un individuo sedentario. Era un hombre que igual podía tener cincuenta años que una verruga en salva sea la parte. Pulcro, con bigote recortado a lo Martínez, bien vestido y sonriente, me pareció un colega de asiento nada inconveniente, y saludándole con esta finura que Dios me ha dado para los momentos difíciles, me senté a su vera.

El hombre me resultó locuaz, cosa que yo no esperaba, porque en los bancos de los paseos la gente no se distingue por sus ímpetus comunicativos. Y a los tres minutos y medio escasos de haberme sentado, el susodicho individuo me había ya dicho las siguientes cosas:

Que era viudo, pero que no le gustaba la ensalada de tomate.

Que había hecho el viaje de bodas (antes de enviudar) en una motocicleta, y que en Cuenca no había podido encontrar nunca cajillas de a peseta.

Que pagaba al casero en calderilla porque le gustaba gastar bromas a la burguesía.

Que no creía en la existen-



Dib. SILENO.—Lourido.

cia de Caracas ni de Eugenio d'Ors, cosas ambas que consideraba como mitos categóricos inventados para intrigar a la gente.

Y que había jurado no morir sin ver una huelga de cesantes...

Todas estas aseveraciones me alarmaron un poco. Pero, de deducción en deducción, y por cierto olorcillo que le salía de la nariz a borbotones intolerables,

acabé por emitir un juicio bastante sensato.

¡Aquel hombre tenía una *curda* muy digna, pero muy formidable!

Sin embargo, el gachó continuó hablando y tuve que declararme de acuerdo con estas peregrinas afirmaciones:

El que se enamora de una *chaise-longue* es un insensato.



Ella.—¿Has visto a los de López con los trajes del año pasado?

El.—No; pero he visto a los de Pérez con los que llevarán el año que viene.

Dib. ALLOZA.—Zaragoza.

Los pueblos cultos y demócratas deben suprimir los trenes de mercancías.

A los antropófagos se les caen las muelas nueve años antes que a los mozos de cuerda.

No es justo que el arroz a la valenciana no figure en el *menú* del Papa, con lo católicos que son en Algemesí y en Cullera.

Hasta que las pastas con que se encuadernan los libros de cocina no sean pastas para sopa, los libros no serán todo lo de cocina que deben ser.

Y, finalmente, si China tiene cuatrocientos millones de habitantes y a todos les da por vender collares de perlas, ¿dónde están en el mundo los cuellos para ponerse todo eso?... La solución no puede ser más que una guerra, mucho más terrible que la europea, y una nueva subida de las patatas azotará a la Humanidad durante años... Y si esto ocurre, tendremos una Dictadura a cargo de Guadalhorce, que es el remedio a que se apela cuando se suben las patatas, para que sigan subiendo mucho más...

Después de oír a mi interlocutor esta nueva serie de opiniones, modifiqué mi juicio.

¡Estaba loco de remate!

Y se lo dije con impertérrita tranquilidad.

—¡Pues sí, señor!—me confesó—. ¡Dicen que estoy para que me aten! ¡Pero yo no me dejo atar, y en paz!...

—¡Pues me parece mal que su familia le tenga a usted suelto!—le repliqué con sublime heroísmo.

—¡Caballero!—me objetó—. ¡Mi familia es tan pobre, que hace doce años que no ve una peseta!... ¡Y con el fin de tener algo suelto, me tiene a mí!...

Reí de buena gana. Y, en tan culminante momento, el indiscutible demente abrió un paquete que tenía a su lado. De él extrajo una estupenda y confortable merienda: chuletas empanadas, salchichas de Francfort, queso de Camembert, bombones...

Vi el cielo de par en par, y me preparé a aceptar la segura invitación.

Pero sí, sí... El gachó comenzó a comer y no volvió a decir una palabra.

Y acabó de jamárselo todo a la hora y media.

Y, por fin, me lanzó estas grandiosas frases:

—¡Amigo mío! ¡Soy un loco! ¡Usted lo sabe!... ¡Pero usted confiaba en que le convidase a mi hermosa merienda! ¡No me lo niegue!... ¡Ahora bien: yo no le he convidado a usted por una convincente razón!...

—¿Cuál?

—¡Que para eso tenía que ser tonto!... ¡Y yo soy loco nada más!...

Y me saludó y se fué, lanzando eructos. Si llega a ser un poco más temprano, lo mato.

ERNESTO POLO

Los verdugos del amor

Hace tiempo que venimos observando en gran número de periódicos y revistas una inflación súbita y gigantesca de la actividad profesional destinada a complacer, entretener y recrear a un sector especial de lectores: las mujeres y los niños.

Primero fué un periódico, luego una revista, después otra revista, más tarde otro periódico... Y ahora son casi todos. Quizá esto se deba a que no pudiendo escribir para papá, se escriba para mamá y el niño, y aun para la niñera. Porque ya se sabe que al hombre—a papá—lo que más le divierte es la política, y como la censura no le deja llegar la correspondiente ración de historietas políticas, es necesario contentar al resto de la familia. Sin embargo, papá es el que compra el periódico...

Hay que fijarse, primero, en los títulos de esas páginas extraordinarias de los periódicos: "Para la mujer", "Para el niño", "Para la mujer y para el niño", "Página de la mujer", "Página de la mujer y el niño", etcétera etc. Y así siempre. Y del hombre no se dice nunca nada, como si fuera un personaje molesto y temido. El hombre empieza a dolerse de este abandono al ver que a él no se le dedica también la paginita correspondiente.

La mujer y el niño... Al hombre, que lo parta un rayo; nada se quiere saber de él. Para la mujer es el zángano, y para el niño, el coco. Porque el primer coco que conoce el niño es siempre su propio papá...

Así y todo no tendríamos gran cosa que objetar a esta moda de periódicos y revistas si no viéramos en algunas de estas hojas un serio e inminente peligro que amenaza al amor y, en consecuencia, al matrimonio, y en otra consecuencia, a la natalidad. Esto debe preocupar a los Gobiernos. El día que nosotros seamos Poder y podamos, prohibiremos la publicidad de algunas de esas hojas, al menos en la forma que ahora se hace.

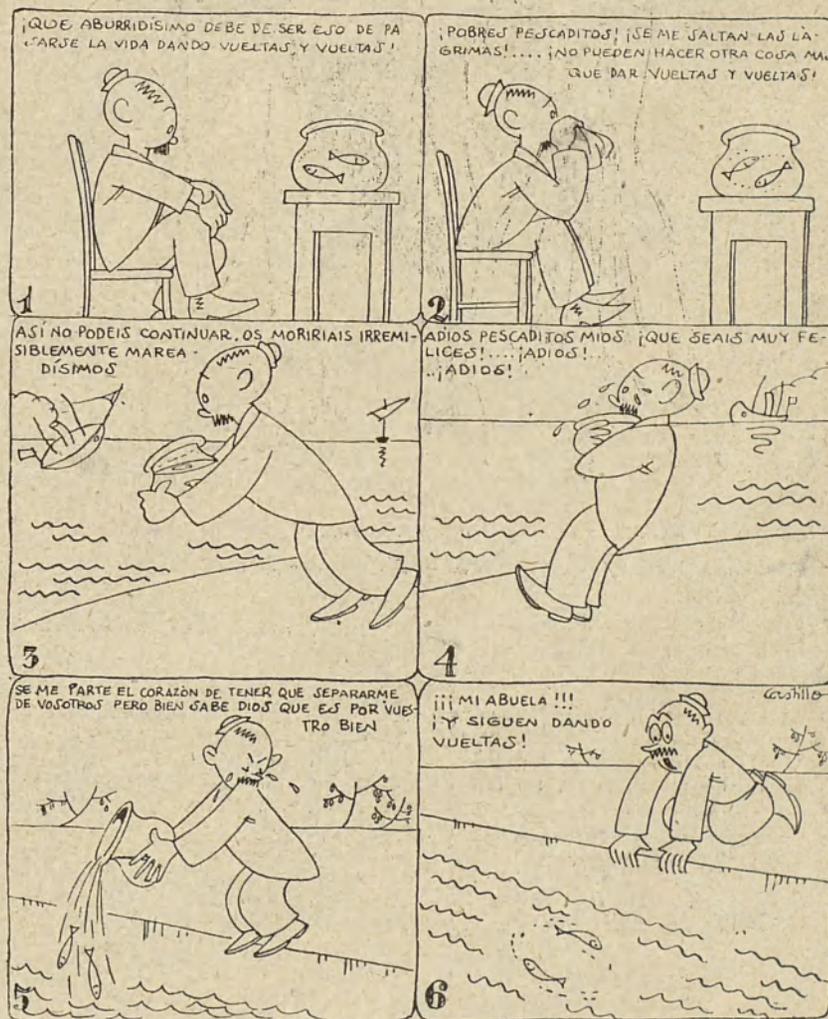
Bien está que se escriban cuentos para los niños y para las mamás. Claro es que todo lo que se hace hoy día en esta materia es muy malo, carece en absoluto de originalidad y es exactamente igual en todos los periódicos y revistas. Pero estos lectores no son muy exigentes. Se escribe para el niño de la postguerra poco más o menos como se escribía para el niño de antes de la guerra... Y si el hombre ha cambiado, no digamos nada de la transformación sufrida por la mujer y por el niño... Así, pues, esta cla-

se de literatura, aunque perniciosa, pues puede producir dolores de cabeza, cefalalgias y retrasos mentales, no llega a preocuparnos grandemente y no es en ella donde observamos el peligro a que hemos aludido.

No. El peligro está en las hojas en que un señor habla, sanitaria e higiénicamente, del matrimonio, de los hijos y de las cosas que pasan en el matrimonio y con los hijos. Creo sinceramente que los hombres casados no leen esas hojas, y si las leen no les producen ninguna impresión, después de pasar, como ellos han pasado, por

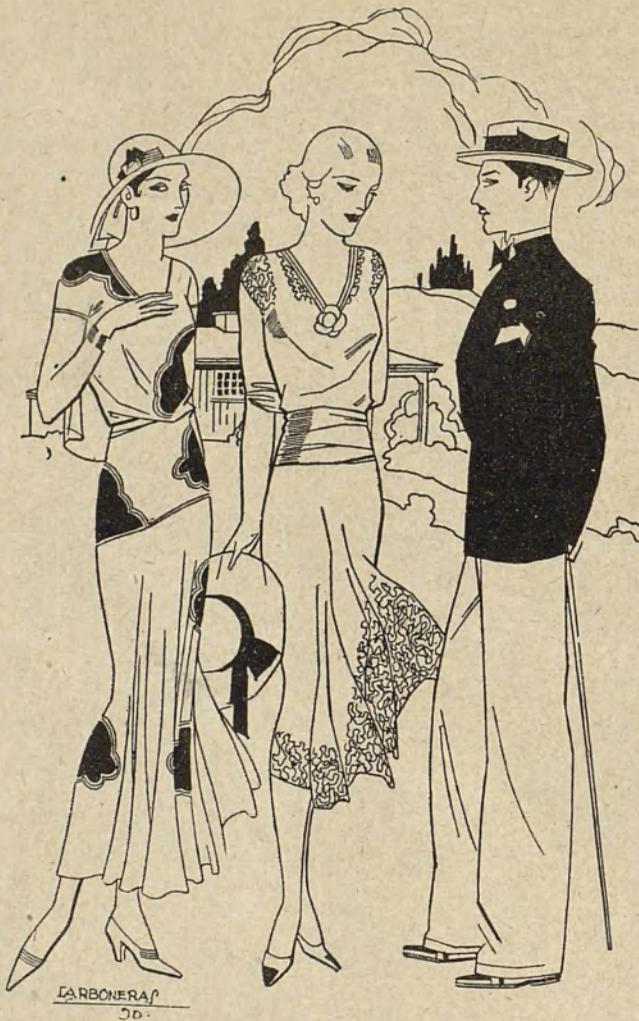
la experiencia personal y directa que acorcha y acoraza. Ya nada les puede pillar de susto. Pero ¡ah!, cuando los solteros, por equivocación, por curiosidad o por ver qué es eso de los niños, leen esas hojas, lo primero que hacen es romper las relaciones con su novia, el que la tenga, o jurar solemnemente no llegar a adquirirla los que carecen de ella.

Señores, que hay que tener un poco más de malicia. ¡Que hemos quedado en que el matrimonio es algo así como el Huerto del Francés! Al que entre, ¡pum!, a la cabeza. Pero para que



¡COMPADECETE, Y VERASI...

Historieta por Castillo.



—¿Y no se aburren ustedes en estas soledades?

—¡No! Siempre hay algún imbécil que viene a distraernos.

Dib. CARBONERAS.—Valencia.

esto suceda es condición precisa que no se descubra la trampa, que no vea el martillo el que va a entrar, porque en caso contrario, claro es, no entra ni a tiros. Pues bien: esas hojas médicas, higienistas, sanitarias, sobre la mujer y el niño, son el martillo del matrimonio que se le deja ver al futuro marido. Y, claro, éste no entra. Ve el martillo en el aire y dice que él no...

¡Ah, es que esas hojas, digámoslo líricamente, son los verdugos del amor, y los sepultureros del matrimonio! Mejor diríamos los abortivos del matrimonio, porque, matando al amor, que es la venda que se le pone al hombre sobre los ojos para que no vea el martillo de marras, no deja na-

cer al matrimonio. Y no deja nacer a los chicos, y por esto decrecerá la natalidad en términos alarmantes, que darán lugar a millones de artículos periodísticos y de estadísticas graves y profundas y amenazadoras. Así como en los anuncios de algunas obras teatrales se dice: "Obra no apta para señoritas", debiera también adoptarse la costumbre de fijar, bajo el título general de esas hojas sobre la mujer y el niño, un leve aviso que dijera, poco más o menos: "Hoja no apta para los solteros" o "Prohibida terminantemente su lectura a los que se preparan a contraer matrimonio".

En efecto: se leen allí cosas horribles, capaces de descorazonar al más

intrépido y de hacer caer de los ojos la venda tradicional. El joven soltero que tiene una novia dulce y apasionada, para quien sueña con todas las ternuras y todas las delicadezas y todos los espiritualismos, ve horrorizado cómo al hablar de la lactancia, por ejemplo, se establecen líneas paralelas y se quieren deducir consecuencias de analogía y de cotejo entre la mujer, la vaca, la burra y la cabra. Se discute cuál de ellas tiene más capacidad nutritiva en relación con el dichoso niño. El hombre piensa en su noviecita, tan chiquita, tan bonita, tan frágil, y se pregunta: "¿Cómo es posible, Señor!" Y luego filosofa y exclama: "¡Ah, esto es el amor! ¡Ah, qué miseria y qué asco!..."

Otro día lee que, cuando se case y tenga hijos, habrá de tener en cuenta, y observar atentamente, cosas que nunca creyó llegaran a interesarle de un modo extraordinario. Por ejemplo: esterilización y preparado de un biberón; "técnica" y número de tetadas, duración de las mismas... Se entera de que hay niños "vomitadores" y niños malhipotróficos-atrépsicos... Conocerá la existencia, antes insospechada, de las diarreas de verano... Y su cultura general se enriquecerá al saber que las deposiciones de un niño de pecho han de ser dos o tres al día, amarillas y de consistencia cremosa... Y podrá filosofar sobre la eficacia comparativa de las lavativas y los calomelanos, así como sobre los misterios de la dentición...

Y, en fin, leerá una sería tan grande de cosas cochinas, sucias y prosaicas, tan alejadas de todo ensueño y de todo romanticismo, que empezará a considerar a su novia con una especie de terror supersticioso. Y al matrimonio como un formidable transformista: el transformista de los anhelos líricos en prosaicas realidades sudorosas, calenturientas y malolientes. ¿Será posible que esa cabecita rubia, esos ojos azules, esas mejillas puras y suaves, ese cuerpo leve, ingravido, juvenil, fragante, de la amada, se transforme después en todas aquellas horribles cosas? Y aquellos suspiros a la luz de la luna, con las manos entrelazadas, ¿será verdad que se transforman en montoncitos de carne colorada?

¡Tremendo problema sin solución! Y cuando no hay solución clara, se duda. Y el que duda se abstiene, si es cauto, prudente y sabio.

Y llegará un día en que se derogue, por innecesaria, la ley de protección a las familias numerosas. Y en que se den medallas a los que se casen, como ya hay que darlas para que algunos se decidan a trabajar...

GABRIEL GREINER



—¿Ha visto a mi compañero, míster Plumckaque?

—Sí señor. Esta noche voy a cenar "con él".

Dib. SAMA.—Madrid.

LOS GEMELOS

I

Desde pequeñitos ya eran hermanos y se llevaban muy bien. A todas partes iban juntos, no separándose nunca, como las monedas de dos pesetas. Si Joaquinito quería ver una película de Greta Garbo, Adolfito también sentía vehementes deseos de admirar el arte de la popular osculeadora. Daba gusto.

Peró, claro, pasó lo que suele siempre ocurrir: que poco a poco fueron creciendo hasta encontrarse hechos unos hombres de verdad con barba y pantalón largo, como esos que vemos por la calle. Y entonces comprendieron que se hacía preciso tener novia, para llevarla del brazo y decirla cositas tiernas al oído.

Y un día, por fin, vieron dos muchachitas vestidas iguales, que pare-

cían gemelas como ellos. ¡Qué suerte! Y empezaron a hablarlas con palabritas dulces, poniendo al mismo tiempo los ojos en blanco.

Las chicas les oían muy contentas, mientras pensaban:

—¡Qué guapos son! Si Dios quisiera...

II

Y el Señor, sin duda, quiso que aquello llegase a lo que ellos y ellas aspiraban, porque un domingo, a las siete de la mañana, entraron los cuatro en la iglesia, muy encarnaditos y rodeados de muchas personas que habían hecho regalos a los novios.

Terminada la ceremonia hubo un "lunch", y después los desposados se marcharon en un automóvil a la es-

tación, para tomar el tren que los conduciría a la capital de Francia.

No queremos describir algunas de las escenas que se desarrollaron en el vagón, porque BUEN HUMOR es periódico serio y no nos parece bien.

Si no, ya verían, ya verían...

III

Volvieron de París muy contentos. Aquello era estupendo, y había hasta tranvías por las calles. ¡Qué quince días más agradables pasaron allí!

Ya en Madrid, se instalaron los cuatro en una casita modesta, pero de bastante apariencia, donde recibían las visitas de sus amigos, que ponderaban las cualidades del piso y la felicidad de los esposos.

De esta manera transcurría placido el tiempo, que parecía recrearse con tanta dicha.

Una mañana, Rosita, encendidos los carrillos, le dijo a Joaquín:

—Sabes que..., puede..., es casi seguro...

—¡Ah, sí! Ya tenía yo deseos de...

Y tuvieron que comprar faldones, pañales, sonajeros...

¡Cuánta ventura!

Peró la felicidad comenzó a empañarse, como los cristales de los balcones en invierno.

Resulta que ellas eran idénticas—dos gotas de agua—, y ellos también, hasta el punto de no saberse quiénes formaban cada pareja. Esto debió dar lugar a terribles confusiones, sin que los interesados se dieran cuenta, pues, de haberlo observado, hubieran tratado de remediar el mal.

La cosa se descubrió por Adolfito, que aducía ser su mujer la que estaba en esas condiciones.

Así supieron lo que es la fatalidad. ¡Qué desgracia tan irreparable!

IV

La pobre deliraba consumida por la fiebre. Todos opinaban que era el tífus, menos el médico, que había nacido en Guadalajara.

Y un lunes, por la noche, se murió después de pensarlo mucho. La melliza que quedaba, triste como un barrio londinense, lloraba más que una magdalena de La Mallorquina.

Por fin se presentó la calentura, falliendo de igual enfermedad que su hermana. Era lo mejor.

Los gemelos lo sintieron bastante, pues, a pesar de todo, habían sido sus esposas.

Desalentados, sin ganas de nada, se encaminaron al teatro de Lara. Y en la bombonera, raro es el día que no los alquila alguien...



La mujer.—Un hombre, en el pueblo, se acaba de tirar por un balcón de un cuarto piso.

El marido.—¿Casado?

—No.

—No comprendo ciertas desesperaciones.

Dib. KAR.—Valencia.

FERNÁNDO MARTÍN

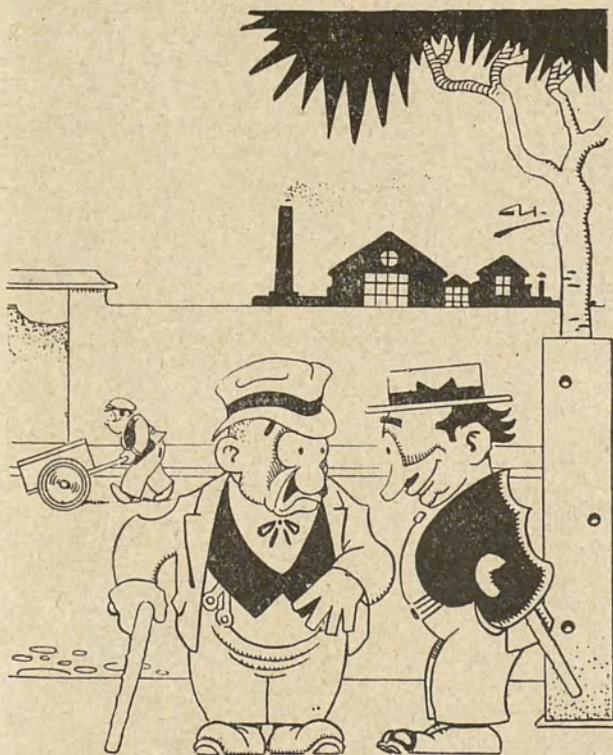
PERCANCE «INVOLUNTARIO»

TELEGRAMA AL DIRECTOR DEL PRESENTE «BUEN HUMOR»

“Imposible hoy, *Sileno*, mandar coplas.
Vine, huyendo calor, a Valderrábanos.
Decepción colosal, porque aquí hierven
horchata, chufas y limón helado.
Batas úsanse aquí papel secante.
Termómetros no rigen: estallaron.
Nadie puede soltarme cuatro frescas.
Patatas, nacen fritas. Pueblo, en cambio,
viven bien, pues indígenas ignoran
partidos infinitos, que dan asco.
Periódicos, ¡oh suerte!, nunca llegan.
Ignórase haber duros sevillanos...
ni manchegos tampoco; aquí no hay duros.
¿Para qué, si no hay nada en qué gastarlos?
Hablar a gente aquí Lerroux, Melquiades,
Sánchez Guerra, Niceto, es excusado.
Confunden Bugallal con *Revertito*,
Celia Gámez con Toca... ¡Es un encanto!
Dudan si Cadafalch es hombre, máquina
para segar o unguento para callos.
¿Que por qué no remítote cuartillas?
Usando brevedad, voy a explicarlo.
Celebrábase ayer gran becerrada
honor santo patrón de Valderrábanos.
Obligáronme amigos cariñosos
colocar banderillas choto cuarto.
Jindama superior. Corazón tripas.

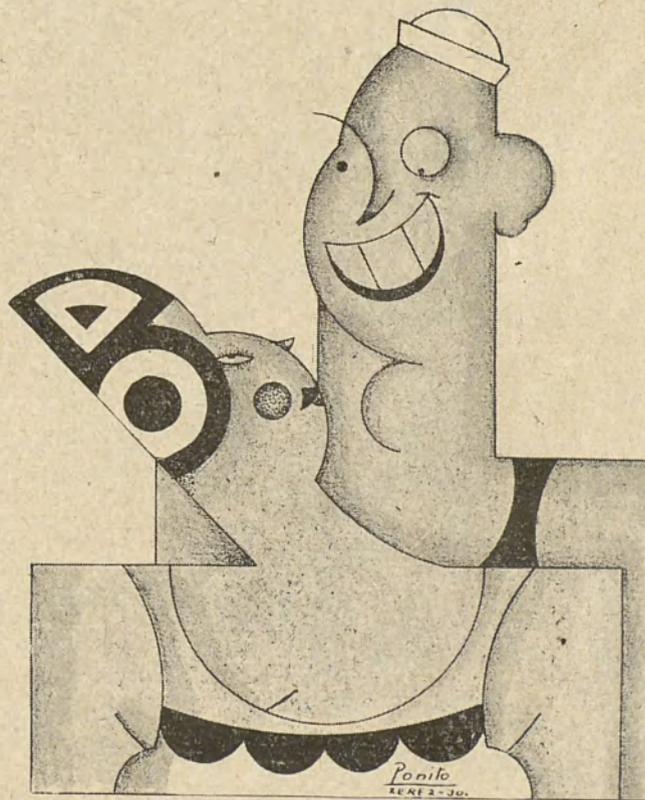
Metí pata, en lugar de meter brazo.
Suspendiome *buró*. Tiróme suelo.
Esperé allí responso y epitafio.
Conducido pesebre, vista de hule,
alguacil y ama cura me tumbaron.
Aprecióme doctor en región glútea
(que no es santa región) grave puntazo.
Propináronme, a falta de antisépticos,
enjundia de fiscal, tinta y gazpacho.
Diéronme cuatro puntos cardinales
índicada región. Me visitaron
cuadrilla, amigos, concejales, golfos,
banda municipal, alcalde y párroco...
Y aquí, *Sileno*, estoy cuasi difunto,
sin poder hacer versos y mandarlos,
y echado en un pesebre, como Cristo
a poco de nacer... ¡Perdón!... Encargo
que expidan este parte, y que no expidan
otro parte después; porque es probado:
“nunca segundos partes fueron buenos”
(así lo dice el popular adagio).
Mandaré, pues, cuartillas consabidas,
cumpliendo BUEN HUMOR formal contrato,
cuando llegue sentirme sin dolores;
cuando llegue sentarme sin trabajo.”

JUAN PEREZ ZUNIGA



—El hombre más dichoso de la tierra es el estúpido.
—¡Dichoso tú!

Dib. URDA.—Barcelona.



—¡Ay, Rufina! Cada vez que te veo se me hacen los
dientes agua.
—¡Calla, hijo, que va a subir la marea!

Dib. PONITO.—Jerez.

LA HERENCIA

Filomeno Regales acogió con gran alegría el propósito expuesto por el tío Amadeo de convivir juntos. Regales trasladó al allegado a su propio domicilio, instalándole en la mejor de las habitaciones de su vivienda.

El lector se explicará la amable acogida de Filomeno, al conocer que el tal pariente era dueño de un capital de ciento cincuenta mil pesetas en valores del Estado, fortuna que pasaría a posesión de Regales al fallecimiento del deudo.

Y ha de saberse que el tío Amadeo contaba ya más de sesenta años, padeciendo de una salud en extremo delicada.

El valetudinario anciano sufría de, entre otros males, asma, gota, ciática y diabetes.

¡Un tío con numerosas enfermedades! ¡Y una herencia considerable en perspectiva!

Como se ve, a Filomeno Regales se le presentaba un bello y sonrosado porvenir.

Con todo, se iba retrasando algo más de lo supuesto el venturoso momento de tomar posesión de los bienes.

Porque había ya transcurrido bastan-

te tiempo desde que el allegado se instaló en el domicilio de Filomeno, y si ciertamente el tío Amadeo tuvo varias recaídas, el sexagenario salió con bien de todas sus dolencias.

En opinión de Regales, eran los médicos quienes no acertaban. Siempre restituían la salud al achacoso pariente. Filomeno, viendo fracasadas sus esperanzas, solía refunfuñar:

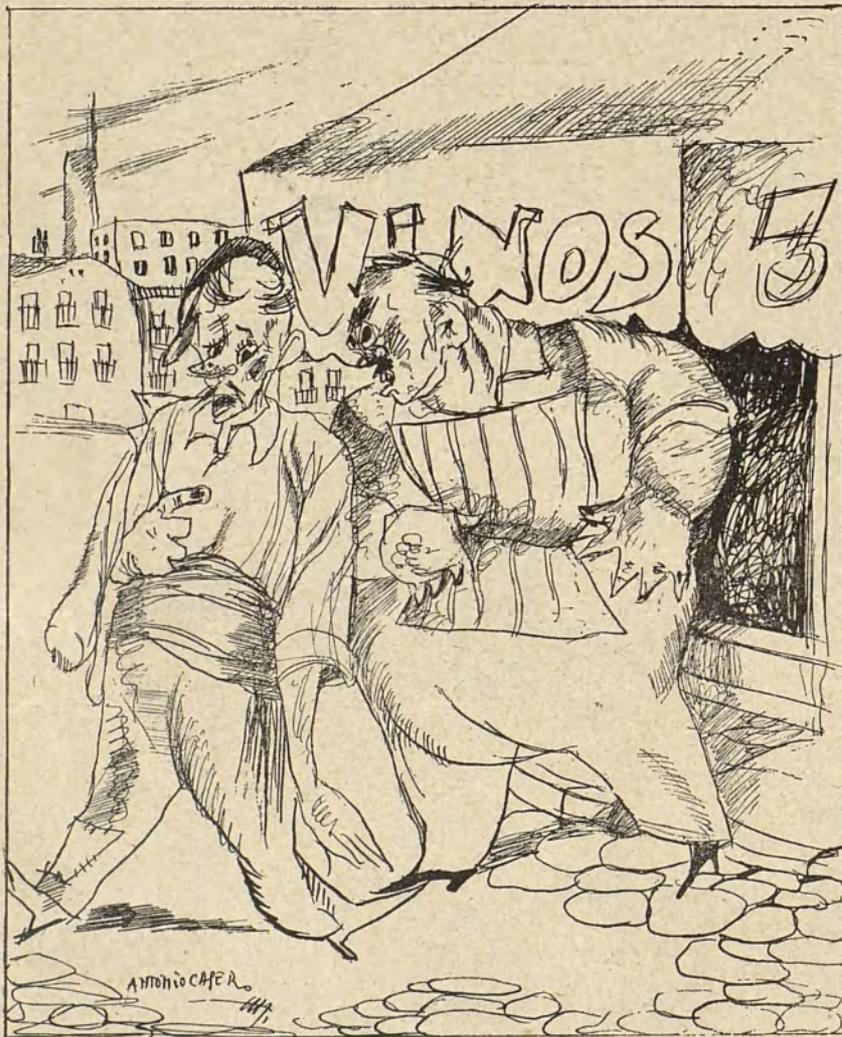
—¡Todo tío rico tiene el deber de morir pronto, al objeto de que la fortuna pase inmediatamente a manos del heredero! ¡Mi allegado opone una absurda resistencia a cumplir su obligación! ¡Ay, qué pariente más informal tengo!

Regales traía en constante ajeteo a su allegado. Filomeno trasladó a su pariente a diversos balnearios españoles y extranjeros, por haber dictaminado ilustres doctores planes terapéuticos, consistentes en el empleo de aguas mineromedicinales.

Tío y sobrino pasaron largas temporadas en Cestona, Carlsbad, Trillo, Spa, Alhama, Baden, etc.

Ahora que, con maligno propósito, Regales siempre conducía a su deudo a lugares nada en consonancia curativa respecto a las enfermedades del paciente.

Por ejemplo, al recrudecerse los achaques diabéticos, Filomeno llevaba a su allegado a un balneario de aguas bicarbonatadas ferruginosas..., excelentes en casos de anemia. Si dominaban los ma-



—¡Sinvergüenza!!... ¡¡Con tu borrachera has "estao" a punto de "provocar" un "conflicto"!...

—... ¡¡¡Me extraña, porque yo no he comido "eso"!...

Dib. CASERO.—Madrid.

OROCREMA
ALMENDRAS

EL LABOR POPULAR
EMBELLECE LA PIEL



les de asma, sobrino y tío encaminábanse con toda premura hacia un centro de aguas carbonatadas cálcicas..., muy recomendables para curar las enfermedades de la infancia. Al intensificarse los dolores de reuma, considerando que lo más contrario para la curación de semejante dolencia resulta el residir en un puerto de mar, Regales trasladaba a su pariente a una playa.

Pero las aviesas intenciones de Filomeno quedaron siempre fallidas. Su allegado, lejos de sucumbir, sanaba maravillosamente de todos sus dolores, resultando que al regreso de cada viaje, el valetudinario volvía más gordo, debido al cambio de aires.

Las amistades de Filomeno se apiadaban de la triste situación de Regales. Al volver de las excursiones en unión del pariente, los amigos solían atestiguarle su pesar:

—¿De nuevo tu tío ha salido con bien de su enfermedad? ¡Chico, te acompañamos en el sentimiento!

Cierta vez, se le ocurrió a Filomeno que acaso resultaría de alguna conveniencia el que el tío realizase un paseo en "auto". Por tanto, el sobrino llevó a su pariente, a toda marcha, por la "carretera de la muerte", lugar conocido por tan trágico sobrenombre a causa de los numerosos accidentes automovilísticos allí acaecidos.

Como era de esperar, el coche guiado por Regales, en una difícil curva del fatal camino, dió la voltereta.

El automóvil quedó hecho trizas.

En el percance, Filomeno resultó con fractura de tres costillas y un brazo.

En cambio, el tío Amadeo salió ileso del accidente...

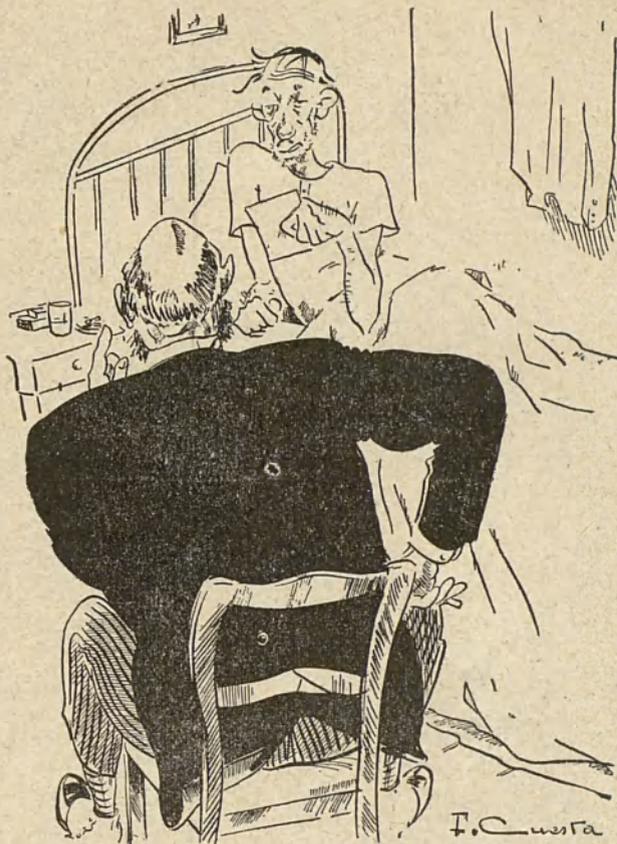
Transcurrieron quince años desde que Regales acogió con gran efusión al tío Amadeo en su domicilio. Durante tal espacio de tiempo, todas las enfermedades desaparecieron por completo. Debido a los importantes gastos realizados en sus numerosas y prolongadas estancias por balnearios y playas, los treinta mil duros de la herencia se esfumaron, aparte de diez mil más de que disponía Regales, que también quedaron agotados.

Para colofón, añadiremos que el buen Filomeno se vió obligado a buscar trabajo incluso por las noches, con objeto de poder sostener a su distinguido tío.

El anciano, pese a sus setenta y cinco años, se muestra fuerte como un roble. De fijo que llegará a centenario.

Al principio, Regales ideó vivir a costa de su allegado; pero, realmente, fué el deudo quien vivió a costa suya. En materia de herencias, chascos como el relatado suceden numerosas veces.

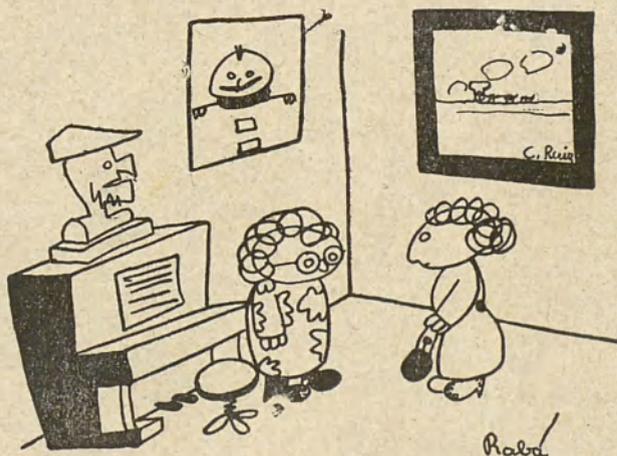
LUIS ESTEBAN



El enfermo.—¿Pero cómo es posible que me lleve usted el doble que el año pasado, que también tuve pulmonía?

El doctor.—¡Es que esta vez la pulmonía ha sido doble!

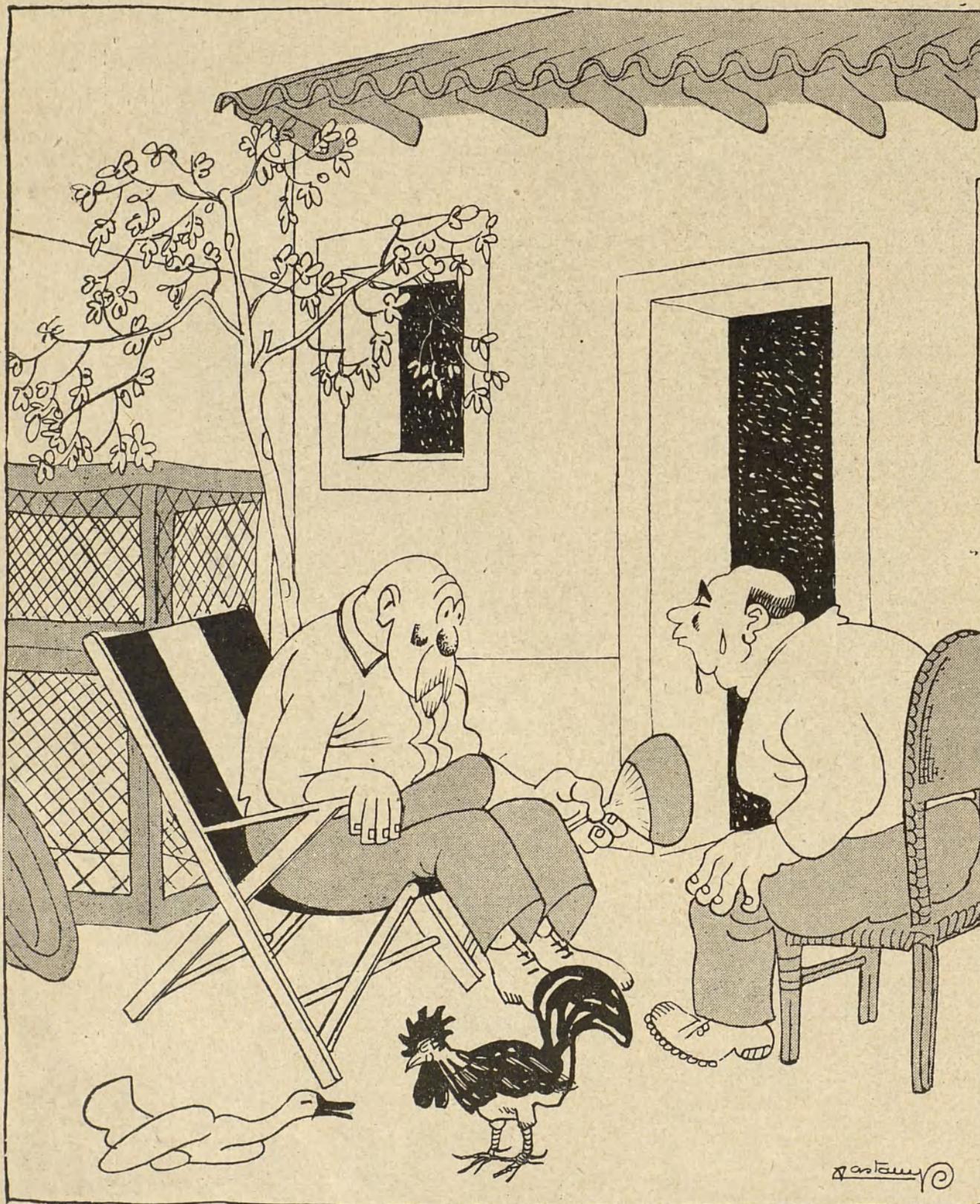
Dib. CUESTA.—Paris.



—Si se queda usted en esta casa, tiene que ser muy hacendosa.

—Señorita: en la casa en que he estado hacía las camas antes de que se levantasen.

Dib. RABÁ.—Santander.



EL SUPREMO CONSUELO DEL VERANEANTE

—Esta mañana el termómetro marcaba 35 grados.
—¡Oh! ¡En Madrid se deben ahogar de calor!

Dib. CASTANY.—Barcelona.



—Pues yo todos los años doy la “Vuelta a Francia”, la “Vuelta al País Vasco” y la “Vuelta a Cataluña”.
—Terminarás hecho polvo.
—No. Lo que termino es algo “mareao”.

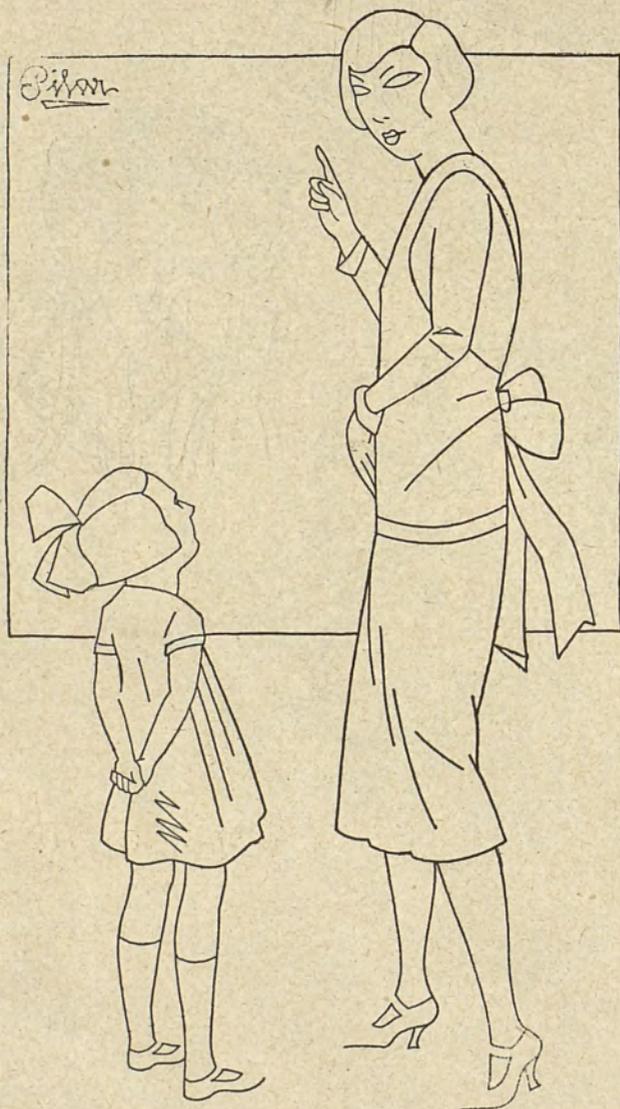
Dib. GARRIDO.—San Sebastián.

“ EL RESBALÓN ”

(Solemne apertura de un bar, mitad freiduría, mitad taberna, titulado “El Resbalón”. El anuncio galante del dueño, invitando completamente gratis a todo el barrio, audaluz y castizo, reúne a un nutrido público a la puerta del establecimiento. Una *afinada* murga ameniza el acto.)

—No arrempujé, niño.

—Zi e éste.
 —Güeno, er que zea.
 —¡Y dale!
 —¡Pero zi yo no zoy!
 —Po estarse quieto.
 —Er que tiene que estarse quieto con las manos e usté. Pue no me trae frita er gachó éste.
 —¿Pero no está usté viendo, zeñora,



—No debes hacer nunca nada que la gente no pueda ver.
 —Entonces, ¿por qué cierras la puerta del cuarto cuando te bañas?

Dib. PILAR.—Madrid

que zon estas critaturitas jugando ar fubó?

—Güeno; po deje usté quieto *ar balón*. ¡Valiente frescale!

(El director de la murga levanta en alto las manos, agita la batuta, impone silencio, y dirigiéndose a sus compañeros *profesores* exclama: ¡¡A lo que zarga!!...)

—¡Cómo tenía que fartá tú aquí!

—¡Como un clavo!

—¡Pues, hala, adentro! que er mostagan e de barde.

—¡Dímelo a mí que me acabo de comé tres kilos de caballa, y bebí un frasco de “Tío Pepe”!

—¡Atiza! Esta tienda no dura ni una semana.

—¡Qué va a durá ¿Pero no ve la tajá que tiene Laureano? Dice que su mayó ganancia será que se la beban los amigos.

—Pues lo va consiguiendo.

—E una güena perzona.

—Pero, niño: ¿por qué no ze vais a jugá ar muelle?

—¡Zi e este zeñó!

—Pero no arrempujé, criatura.

—¿Y usté, no se pué echá una mijita p'atrás?

—Son estos niños, zeñora, que podían está rascándole la frente a sus padres.

—No se vaya usté a creer que hoy tó e gratis.

—Ya ze yo que “ezo” no hay dinero con qué pagarlo.

—Fíjate en don Ramón liao con er lebrillo der “bien-mezate”... No va a dejá ni una espina.

—Pue arrepara en la cuñá de Eloy que lleva ya más de quince chatos de manzanilla... ¡Valientes viajes!

—¿Y usté, niña, no va a tomá na en el *Resbalón*?

—No me gusta er vino.

—Y er pescao, ¿tampoco?

—No me gusta más que er choco.

—Po dese usted prisa que todavía quea argo de doña Trinidad.

—¿Quién e esa doña Trinidad?

—La cuñá de don Eloy que se está hinchando.

.....

—¡Aguanta, y lo que viene ahí!

—¿Er qué?

—¡Jozú, casi na! Ahora zi que se cierra er *Resbalón*!

—¡Y viene solo, fíjate!

—¡Jozú, mare de mi arma!

—¡Mi madre!... Don Adriano, Paco Río, don Juan González y los hermanos Triana.

(La murga, al ver a los recién llegados entona una especie de *Marcha Real*. Todos entran en el bar y al poco rato se asoma al balcón don Adriano y se dirige al público).

—¡Silencio!

—¡Silencio!

—Zeñoras, zeñores, "murga" y público: Por encargo de mi fraterná e íntimo amigo Laureano, dueño de esta tontería de *Brascri*, vi a tené er gusto de decírlle dos palabras de salutación y de presentación.

—¡Silencio, silencio, silencio!

—¡Ya está listo!

—¡Buena tajá tiene!

—Como iba diciendo: este bar viene no ha llená una necesidá en nuestro que-



—¡El niño se ha bebido el específico para hacer crecer el cabello!

—No te asustes. Eso no es nada.

—¿Y cómo se va a arreglar el peluquero para afeitarse los intestinos?

Dib. ADALBERTO.—Madrid.

Dib. FIRLATITO.—Cáceres.

rido barrio, pue en una puerta zi y en otra también se despacha vino, zino que viene a enseñá ar público a bebé. Er *mostagan* que aqui se despacha y como ustede ya han probao con exzezo, er lo más fino que se hace en cardos. Aquí, por tanto, no ze hace *cardo gordo*.

En tapitas verán ustede verdadera extravagancia y monerías: acitunas rellenas de cocido, ruedas de zalchichón gordas como neumáticos, jamón zerrano... y hasta pedacitos del bizoñé del amo..., ¡er disloque! ¡Ah! Además se rifará una pianola todo los meses y se llevará er premio quien averigüe la cantidad de chatos que se ha bebío er dueño desde que aprobó er bachillerato... Era lo que tenía que dezí.

.....

(Aplausos. Vivas a don Adriano, y el cornetín de la murga borda un "solo", como para que le acompañen todos a la cárcel).

El flamante *Resbalón* recibe su bautismo de cante jondo con el siguiente *martinete recortao*:

*Mira si zeré flamenco
que he puesto una freiduría
a junto al Ayuntamiento.*

PEDRO RISTORI MONTOJO

1930.



—¿Qué está haciendo usted?

—Una fotografía de exposición.

Dib. TROFF.—Albacete.

LAS PEGAS EN LOS EXÁMENES

En un examen de reválida del Bachillerato en que los señores del tribunal hacen un fuego graneado de preguntas sobre el muchacho que se examina para ver cómo anda de cultura general, uno de los catedráticos sacó una moneda del bolsillo y mostrándola al chico que se examinaba le dirigió esta pregunta:

—¿Sabe usted lo que es esto?

—Sí, señor; una moneda de cinco pesetas.

Resultó que al muchacho le dieron suspenso, porque eso lo sabía cualquiera, y lo que el profesor quería que le explicara era que se trataba de una aleación de 900 milésimas de plata, que es un metal blanco, brillante, dúctil, etc., y 100 de cobre, que es un metal pardo, de tales y cuales condiciones de dureza, peso específico y demás garambainas.

Cuando me contaron la anécdota la escuché sin protestar, casi asintiendo a que el catedrático había estado muy ingenioso; pero es que yo soy un hombre de lento raciocinio y encuentro la idea feliz cuando ya no es oportuna, cuando ya se ha ido el interlocutor. Por eso envidio tanto a las personas de rápida imaginación, que dan instantáneamente con la idea que les hace falta para aplastar a sus contradictores.

Cuando me quedé solo y me puse a pensar en la gracia del catedrático de marras, me ocurrió lo que le pasa a uno cuando está viendo jugar al billar: que cree que lo haría mejor.

—¡Ah!, si hubiera estado yo en el lugar de ese alumno, qué bien habría contestado a la "pega" del profesor. Eso que usted me enseña, le habría dicho, se llama un duro, y con llamarlo así queda hecha su mejor biografía. Es un objeto que se puede cambiar por muchas satisfacciones, bien sean corporales (como merendar, tomar un refresco, alqui-

lar una compañía agradable), bien sean de orden moral (como emplearlo en limosnas), bien sean de orden espiritual (como adquirir y leer un libro que no sea de texto). Un duro se parece a los buques, en que se bota, y a las narices, en que se suena. Tiene escudo como la nobleza, seduce como el amor y brilla como el talento. A veces tiene hoja; una hoja que es de árbol por lo efímero de la ilusión; de espada por lo que defiende y de libro por lo que enseña.

¿Es usted el profesor de Lógica? Entonces querrá que le conteste con un sigilismo:

Todo el que tiene un duro es feliz.

Es así que usted tiene un duro.

Luego usted es feliz.

¿Enseña usted la Psicología? Deseará entonces que le conteste por su asignatura. Sabiendo, pues, la fascinación que el dinero ejerce sobre las personas, querrá usted que me vaya por el capítulo de las neurosis y las psicosis y que le explique el fenómeno de la sugestión, que viene de "sub-gerere", meter por debajo, meter de contrabando, apoderarse el sugestionador de la voluntad y libre albedrío del sugestionado.

¿Qué asignatura no tiene relación con el dinero? ¿Es usted el profesor de Ética, esa ciencia que se parece al árbol del bien y del mal? Entonces le sacaré a relucir la escuela de los positivistas a lo Bentham, que fundan toda la filosofía en el egoísmo, en la satisfacción personal, en el acopio de riquezas.

¿Explica usted Derecho? ¿Qué Derecho? Si es penal le diré que el duro es la equivalencia de un día de cárcel. Si internacional, le diré que con pasar la frontera se queda reducido el duro a su tercera parte, por efecto del cambio. Si acudimos al político, le explicaré a us-

ted las formas de gobierno, según que el duro sea de tiempos de la República o de la Monarquía. Si hablamos de canónico, le diré que es la limosna mínima que se admite por una misa.

¿No hay también una asignatura de "Procedimientos"? Pues vea usted en el duro la palanca más eficaz para mover la pereza de la curia.

En Historia de la Literatura podría citarle a usted obras maestras debidas a que sus autores nunca tuvieron en sus manos una moneda de tanto valor.

Incluso en Medicina tiene intervención el duro. Para un estudiante empollón, la moneda será un vehículo de microbios y bacterias. Para un estudiante de escasos recursos el duro será "un cuerpo extraño".

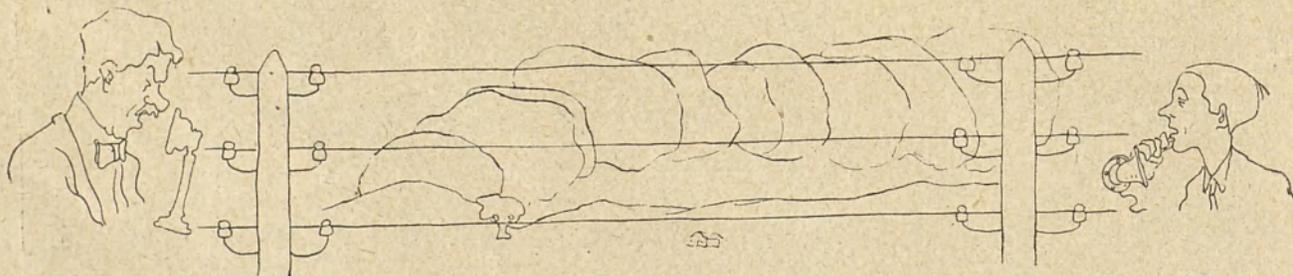
Un alumno del Conservatorio podría decir a usted que la moneda es la suprema armonía y que un duro es el único "disco" que no cansa.

¿Por ventura, señor profesor, explica usted la cátedra de Zoología? Pues también el duro tiene que ver con ella. El duro es el objeto que mayor alegría despierta en el reino animal, porque ¿quién no ho oído decir que por dinero baila el perro?

Y, finalmente, si me acercara usted el duro a una distancia en que yo pudiera leer sus leyendas, quizá diéramos con la gracia de Dios, la gracia de Dios, señor maestro, que consiste en no haber querido el dinero, en desear que nos hagamos tesoros en el cielo y no en la tierra y que no aprestemos en nuestras bolsas oro, ni plata, ni cobre, porque hay ladrones que hurtan y ¡ya ve usted cómo está la parroquia!

Si llego a ser yo el chico en cuestión le doy un baño al tonto del duro.

RAMIRO MERINO



—¿Qué tal has salido de tus exámenes?

—¡No se oye nada!

—¡¡Que qué tal has salido de tus exámenes!!

—¡¡No se oye nada!!

—¡Que si necesitas dinero!

—¡¡Sí!! ¡Gíramelo por correo.

Dib. IÑAURRI.—Bilbao.

MAS ESPECIES DE HOMBRE

EL FLAMENCO

En esos Parques zoológicos que reciben el nombre de *Cafés*, hemos tenido ocasión de descubrir, con grave riesgo nuestro, varias especies de bípedos que tienen cierto parecido con el hombre y a los cuales estamos ahora pasando revisión desde las columnas—salomónicas, por los muchos salomones que esculpen semanalmente su talento asalomonado en el fuste de las mismas—de este periódico insigne, cuya vida guarde Dios por los siglos de los siglos.

Hay personas que dicen que estos hombres son nuestros "semejantes". Ganas de ofender que tienen. Nosotros no podremos consentir que a ninguno de nuestros lectores se le pueda suponer semejanza, ni remota, con semejantes ejemplares zoológicos.

Ya hemos tenido el gusto de presentar, en días anteriores, a dos tipos importantes: el desenrollador de serpentinas y el arrastrador de tute. Vamos hoy a presentar otro temible: el flamenco.

Sabido es que esta palabra tiene dos

acepciones diferentes: flamenco es un animalucho zanquilargo y flamenco es un castizo, marchoso él, y amigo del cante jondo y del cante semijondo.

El flamenco a que hoy nos referimos participa del uno y del otro: las dos acepciones dichas le convienen: no tiene más que dos características: llevar dentro un resorte flamenquista y reconcentrar su importancia en las dos extremidades inferiores.

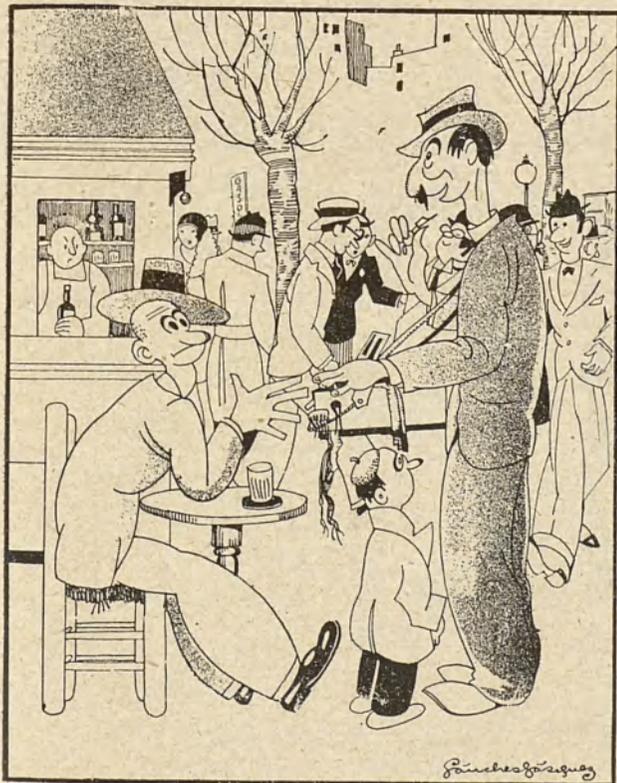
Es un ser cuya misión está reducida en el mundo a seguir, taconeando, el ritmo de las coplas de flamenco. El no canta, él no habla, él es acompañamiento, y acompañamiento de pies, de patada. Nada más.

Por eso la presentación de este tipo se hace en pocas palabras; porque no tiene su vida más que una sola función: dar unas pataditas a compás sobre los pavimentos del planeta.

Pero la singularidad del flamenco consiste en que eso lo hace cuando no está cantando nadie. Ahí está lo curioso de este tipo. Que acompañara en el cuadro de flamenco, ¡bueno va!...; pero es que

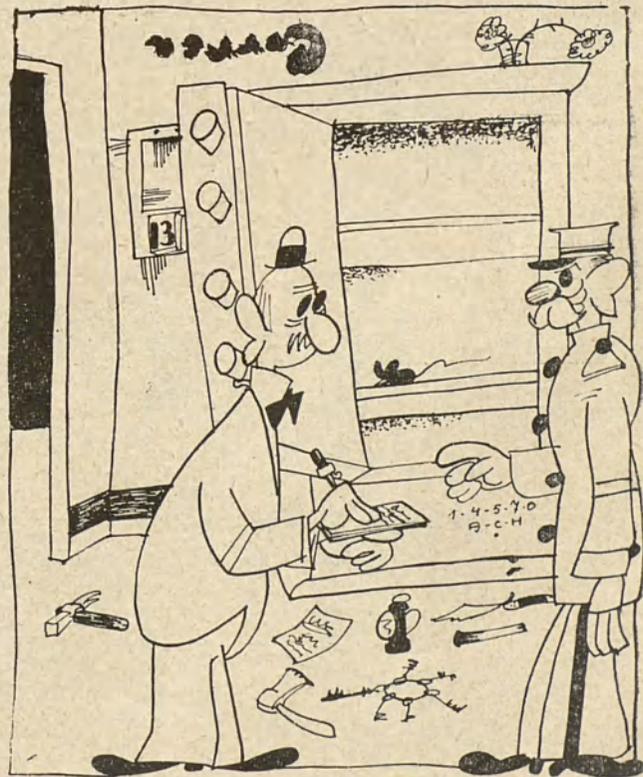
hace lo mismo en todas partes... Cuando no hay cuadro, ni flamencos, ni se habla de cante, él sigue igual, piafando a lo flamenco. Por eso llegamos a creer que este ejemplar de criatura no es casi criatura; que es una funda de hombre, nada más, con un aparato de relojería aflamencado que sirve para colocarle en actitud de chulo, en cuanto se sienta, y sirve para moverle las piernas, en un acompasado "Trá... trá... trá...; tracatrá... trá... tracatrá..."

Le ven ustedes solo en el café. No habla, no lee ni el periódico; no parece interesarse por la gente, ni por nadie... Sólo con los tacones en el suelo—y a veces con la suela y el tacón: "Tra-trá... tá... tracatrá..."; jalea nuestro tipo a la sordina... Ustedes se figuran que está así porque espera a la tertulia y en el aburrimiento de esperar se automatizan los hombres... Pero llega la tertulia... Y él, apoyado en la mesa con un codo; la otra mano en el muslo, actitud jacarandosa, levanta el talón, apoyándose en la punta del pie y



—Llevo gomas para los paraguas, ligas, lápices, palillos, alfileres, cordones, cepillos...
—Si no se va, llamaré a los guardias.
—También llevo pitos para llamarlos...

Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.



—Los ladrones, ¿entraron por la caja de caudales?
—No, señor; entraron por la puerta.

Dib. CORREA.—Albacete.

¡hale!...: "Trá-trá... trá-trá... traca-trá... tra... traca-trá".

Están hablando de toros, de mujeres, de política... Es igual; él, nada: "Trá-trá... trá-trá... traca-trá-traca-trá".

A veces hay variantes: golpea con la punta de la suela y no con el tacón; y a veces con lo uno y con lo otro, suelotaconeo, y asiente con la cabeza, como si diera la razón a un asunto de mucha importancia, al que tuviera que decir, afirmando: "Me hago cargo... Ahí, ahí... Esa es la fija"...

Pero no crean que habla: no hace más que mover la cabeza y traca-traca-tear...

A veces se exalta un poco; suele ser en los momentos en que la tertulia se anima... La discusión llega al *fortissimo*; y entonces, en vez de taconear, patalea; entonces levanta el pie, flexionando la rodilla, y da la coz: "Traca-trá... traca-trá-trá... traca-trá..."

Alguno de la tertulia a veces le res-

ponde con otro taconeo sincopado... Y así pasan la vida...

EL ACAPARADOR DE ESTRIBOS

Haciendo *pendant* con éste denunciaremos hoy aquí la existencia de otro tipo que nos está poniendo un día y otro al borde del abismo. Se trata del acaparador de estribos, entendiéndose que queremos referirnos a los estribos del tranvía.

Hay una especie de animalucho, muy parecido al hombre en sus rasgos exteriores, que se sube al estribo del tranvía y haya o no haya sitio en las plataformas o en el interior del carruaje, se queda allí, en el estribo, muy chulo él y muy arrogante él, como para que le vean. Porque no hay duda que lo hace para presumir. ¿De qué? No puede saberse. Pero que presume no hay duda. Va más molesto, tiene que hacer mil

equilibrios cada vez que va a subir o bajar cualquier viajero; está expuesto a resbalar y caerse un batacazo; pero él, nada: en el estribo.

Y es eso: es que piensa hacer ver al transeúnte que él va en el borde mismo, expuesto a resbalar, y no resbala. Ese acto se le va por lo visto agigantando en la mollera poco a poco y acaba por parecerle, sin duda, que realiza una heroicidad. No hay duda que es algo de eso, porque el acaparador de estribos adopta casi siempre una posición estatutaria; una actitud de *pose* entre indolente y despreocupada, como indiferente al peligro, como si desafiara, con estoica heroicidad, el riesgo vertiginoso.

Hay quien se marea fácilmente en cuanto se eleva un poco. Y a este tipo de que hablamos le entra el vértigo de grandezas, por lo visto, en cuanto se ve en el estribo elevado cuatro dedos sobre el nivel del transeúnte. Y se figura o poco menos que está ya sobre la estatua, por valiente y arrogante y sangre fría.

Esto del estribo tiene historia y siempre ha desarrollado la coquetería de las gentes. Siempre hubo virtuosos de bajar y subir en marcha. Hay quienes para bajar se dejan primero colgar mucho, con gran aparatosidad, inclinándose a contra marcha; y hay quienes se tiran de espaldas. Hay quienes al subir y poner un pie en el estribo dejan el otro pie colgante y perdido en el aire, con gesto de bailarina de puntas, con gesto de voladora... Todo eso es presunción.

Todo eso demuestra a las claras que el subir y bajar a los tranvías y el desafiar la marcha de los mismos es algo que adquiere ante algunos categoría de hazaña.

Y allá ellos, en lo de subir y bajar. En lo del estribo, en cambio, nos vemos precisados a llamar, desde estas páginas, la atención acerca de ello, a las autoridades competentes; y ustedes dispensen que usemos juntas dos palabras "autoridad" y "competentes" que parecen excluirse...

Llamamos la atención de quienes sea a fin de que unten los estribos de algún insecticida eficaz, que extirpe de una vez a esa especie de zoológica funesta...

Que la extirpen, por Dios, porque no hay modo de bajar ni de subir sin toparnos con el castigador del estribo, que se limita, cuando más, a dejarnos un hueco pequeño para que subamos y bajemos, a fin de que él pueda seguir allí, presumiendo entre las multitudes...

No nos explicamos esa inquina que han dado en tener contra la chinche, la cucaracha o la rata, y esta indiferencia en cambio con ciertos bichos más grandes y más cargantes que aquéllos.

Que dejen, por Dios, los estribos, porque, si no, estamos viendo que los vamos nosotros a perder el mejor día.

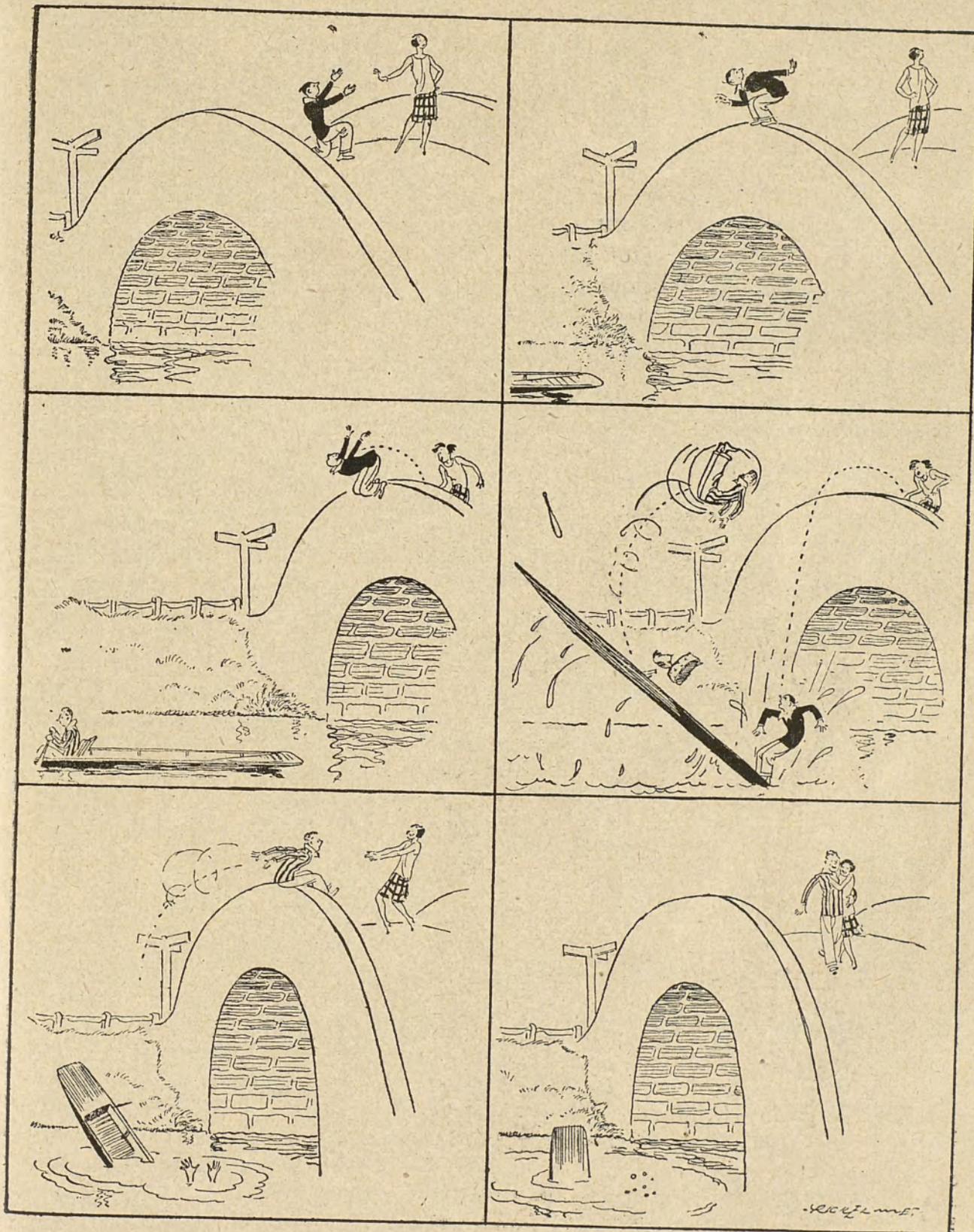


—Pero Fernando, ¿por qué no procuras terminar la carrera en vez de dedicarte a la política?

—Porque, hija, estoy convencido de que yo no sirvo para nada.

Dib. DESMARVIL.—Madrid.

MANUEL ABRIL



HISTORIETA MUDA

NUESTROS CONCURSOS

El del mes de septiembre

Uno de nuestros más bizarros colaboradores ha tenido la fortuna de encontrarse en la vía pública, entre zanja y zanja, dos billetes. Uno de ellos es un billete amoroso, ingenuo como un presunto elector, del cual damos aquí la mitad siniestra, con la mucho más siniestra intención de que nuestros lectores entretengan sus ocios veraniegos en completar la otra mitad. Dice así:

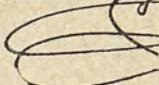
Señorita Nicasia V.....

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes a
Ildefonso, quede apasionadame
su modo retrechero de llevar e
ni bebo, Nicasia, y mi vida de
arrabalero. Y por eso la envi
87439 para devolvérmelo con
un no que precedería breves nu

Esperando que no sera
su más tierno y rendido ador

2 Septbre 930

Aristog


Y el otro billete, que es nada menos que de

CIEN PESETAS

hemos acordado, previa cesión desinteresada de su "suertoso" poseedor, entregárselo a aquel de nuestros dilectos lectores que nos remita la media más parecida a la otra media; es decir, la media carta que se aproxime más a la que conservamos en nuestro poder.

Y ni que decir tiene que en caso de empate procederemos al sorteo de las cien bernardinas con una seriedad busterkeatoniana o pamplinesca.



Dos caballeros espiritistas por TRISTAN BERNARD

Fuí presentado a aquellos caballeros en una cena muy elegante, en la que se había hablado de sugestión, de espiritismo y de toda clase de ciencias ocultas.

Uno de aquellos señores era médico. El otro era un "sujeto".

Cuando ya nos íbamos, el médico se acercó a mí y me dijo en voz baja: "¿Quiere usted hacer una experiencia? Piense usted que invita a mi "sujeto" a almorzar, mañana a las siete, en el restaurante Voisin."

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, el "sujeto" atravesó el salón con pasos bruscos, y me dijo mirándome fijamente: "Acaba usted de invitarme a cenar mañana a las siete de la tarde, en el restaurante Voisin."

Torcí la vista de un modo espantoso y como empujado por una fuerza invisible, añadió: "Acepto."

—Yo también iré—dijo el medium—, y le haré ver a usted cosas curiosas.

Al día siguiente, a las siete de la tarde, acudí al sitio de la cita, donde me esperaban ya los dos caballeros espiritistas.

El "sujeto" estaba un poco pálido y tenía aspecto de hombre fatigado.

—Su falta de apetito me inquieta—me dijo el medium—, pues se fatiga mucho... Voy a tener que comer más que de costumbre para darle ejemplo.

Después me señaló una serie de platos especiales, que, según decía él, favorecen la acumulación de flúido, es decir, langosta a la americana, solomillo de ternera, perdices trufadas, ensalada rusa y otra serie de cosas de este jaez.

—Sobre todo—me dijo—, nada de patatas "viudas" ni de carne de buey.

Hice el "menú" al momento y tuve la satisfacción de comprobar que el médico había dicho verdad. Gracias a su estimulante ejemplo y al especial cuidado en la elección de alimentos, se consiguió que el "sujeto" comiese y hasta repitiese de todos los platos.

Como llegábamos a los postres, el médico se levantó de la mesa, y cogiéndome aparte me dijo: "Va usted a ver una experiencia muy divertida. Pida usted una o dos botellas de antiguo Pomard".

Trajeron vino de veinte francos la botella. Yo lo saboreaba, encontrándole un gusto exquisito.

El médico se puso un vaso, llenó el del "sujeto" y dijo con voz imperiosa:

—Esto es vinagre. Beba usted.

El "sujeto" tragó el contenido del vaso e hizo un gesto de horrible desagrado.

Se repitió tres o cuatro veces la experiencia, obteniéndose siempre el mismo resultado magnífico.

—Yo le haría la experiencia al revés—dijo el médico—. Le ofrecería vinagre, haciéndole creer que era excelente Pomard. Pero no me atrevo, a causa de su estómago.

Trajeron los licores, y el "sujeto", sugestionado por el médico, tuvo las aberraciones de espíritu más bizarras. Tomó la ginebra por "curaçao", el fino champán por anisado, el "kummel" por vino de Jerez, el "chartreuse" verde por "chartreuse" amarillo e inversamente.

Asimismo tomó diversas veces, equivocadamente, claro está, mi vaso por el suyo y se tragó con avidez su contenido. Después afirmó que una mesa, dos mesas, tres mesas, todas las mesas, y no solamente las mesas, sino toda la sala, la caja, la señorita empleada en la Caja y el techo, no hacían más que dar vueltas.

Cuando salimos, el médico y el "sujeto" estaban poseídos de tal modo por los espíritus que iban a tropezar en las paredes, donde otros espíritus atormentadores—sus sombras—les devolvían contra los reverberos.

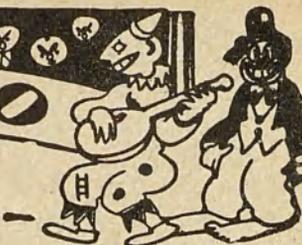


—¿Va usted a salir de paseo? Podíamos ir los dos juntos...

—Perfectamente. Dígame la matrícula de su coche...

(De London Opinion.)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indiquese: "Para el Concurso de chistes."

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos imbecilísimo advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

—¿Por qué ha pegado usted al empleado de Telégrafos?— pregunta el comisario al detenido.

—¿Por qué? Sencillamente porque es un sinvergüenza: le di un telegrama para mi novia y el muy desfachatado se puso a leerlo.

El bachiller Arlabán (Madrid).

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

—Mi mujer acaba de dar a luz.

—¿Un niño?

—No.

—Entonces es una niña.

—¿Y cómo lo sabes si eres el primero que se lo digo?

Tirolés (Segovia).

Un viajante de balanzas entra en un establecimiento ofreciendo su artículo, y al recibir la negativa del comprador, contesta:

—Compre usted la balanza, que no le pesará.

Eduardo Navarro (Albacete).

La suegra, furiosa, con un utensilio doméstico en la mano:

—¡Mal hijo! ¡Que me estás matando a disgustos!

El yerno, muy compungido:

—Y usted a mí a sartenazos.

Gerardo López (Madrid).

Un amigo trataba de consolar a otro a quien habían robado un reloj.

—Desengáñate, hijo—le dijo—; las cosas se van conforme vienen.

Cagancho (Daimiel).

—¿Será tierno este filete?

—Como el corazón de una mujer.

—Entonces, póngame un kilo de riñones.

Lupias (Jaca).

El tren se detiene en la estación de Alcantarilla (Murcia). Un viajero pasa apresuradamente por el pasillo, y al verle un amigo, le dice:

—¿Adónde vas, a Alcantarilla?

—No; voy al retrete.

Tarabolo (Vigo).



—¿Estás contenta en tu nueva casa?

—Sí. Lo único que siento es que al lado vive un matrimonio que se pasa el día regañando.

—¡Oh! ¡Qué desagradable será oírlos!, ¿verdad?

—Sí; pero lo que más me molesta es que, como son rusos, no hay modo de entender lo que se dicen.

(De Candide.)

Ventiladores

LOS MEJORES. LOS MÁS
ECONÓMICOS. CON AIRE
ESPECIAL PERFUMADO

RAMON ROMERO

Fuencarral, 68. — MADRID

En la playa:

—¡Usted, so pasmao; para completar el baño no es lo suficiente tirarse al agua una sola vez!

—Mi sargento, es que estoy acostumbrado a que me cambien el agua.

L. Sibrana (Alhucemas).

CUPÓN

correspondiente al núm 459 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar á todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

El profesor. — ¿Cuáles son los reyes de España?

El alumno. — Melchor, Gaspar y Baltasar.

Luis Mora (Alcoy).

En un sitio donde está prohibido pescar estaba un sujeto dedicado a esta faena, cuando fué sorprendido por el guarda.

—Oiga usted, ¿no sabe que está prohibido pescar aquí y que todo el que lo intente tendrá que abonar cinco pesetas de multa?

—¡Pero si yo no pescó! No hago más que bañar este gusanillo.

El guarda, un tanto amoscado por la contestación, se retiró; pero volvió al cabo de un rato, diciendo:

—¿Puedo ver ese gusanillo que está bañando usted?

—Sí, señor.—Y se lo enseña.

—Bien; pues cinco pesetas de multa.

—¿Por qué? ¡Si yo no pescó!...

—Por bañarlo sin traje de baño.

El Conde Nado (La Coruña).

Un paleta de Miguelturra se acerca a la taquilla de un cine.

—¿Qué localidad desea usted? — pregunta el empleado del despacho.

—Las butacas valen a cuatro pesetas, el anfiteatro tres pesetas, y los programas explicando las películas sonoras diez céntimos.

El paleta.—Bueno; pues deme un asiento de programa.

Licenciado San Román.

Un enfermo del pecho pregunta a otro que sale de la consulta de un tisiólogo:

—¿Qué te ha mandado el médico?

El otro:

—Me ha mandado a tomar viento.

ACHE (El Escorial).

—Para hacer una sustracción es preciso que se trate de cosas del mismo género. No se pueden sustraer tres naranjas de cuatro melones, ni seis caballos de nueve perros.

—Pues mire usted, maestro; yo vi sustraer tres litros de leche de una vaca.

J. S. O. (Barcelona).

—Te veo muy elegante; pero ese luto tan riguroso, ¿por qué?

—Mi primo Andrés, que murió la semana pasada.

—Hombre; pero por un primo no se pone un luto tan completo.

—Es que este traje era de él.

Pinfano (Melilla).

—¿El colmo de un carpintero?

—Casarse con Rosario Pino, irse a vivir a la isla de Madera, tener dos hijos listones, dos hijas traviesas y un perro que menee la cola.

Antonio Blázquez (Alcázar de San Juan).

—¿Qué relación guarda una mesa de noche con un pueblo de la provincia de Toledo?

—Que la mesa de noche está a la vera de la cama y el pueblo es Talavera de la Reina.

León Cembrano (Madrid).

—¿De qué son esas cicatrices, don Pulido?

—¡Pues ya ve usted, don Pedro; soy un mártir de mi oficio!

—¿Y cuál es su oficio?

—El de cobrador.

R. Romanones M. (Barcelona)

—¿En qué se parecen los transeúntes que miran el reloj de Gobernación, a las doce menos cinco, a uno que está hablando con un embustero?

—En que esperan que caiga la bola.

Justo Urbistondo (Madrid).

En casa de don Gonzalo se celebra un espléndido banquete por ser el cumpleaños de su hija. Entre los convidados hay un sujeto que corresponde al nombre de Juan, el cual sólo gusta de burlarse de las demás personas y reírse a costa suya. Terminado el banquete, y antes de que se empiece el baile, don Juan se dirige a don Gonzalo y, admirando un valioso pendentif que lleva este último y que representa una cabecita de burro de oro macizo, le dice:

—¿Es un retrato de familia?

A lo que contesta don Gonzalo, con mucha naturalidad, delante de todos los convidados:

—No; es un espejo.

J. G. O. (Tárrega, Lérida).

CANAS

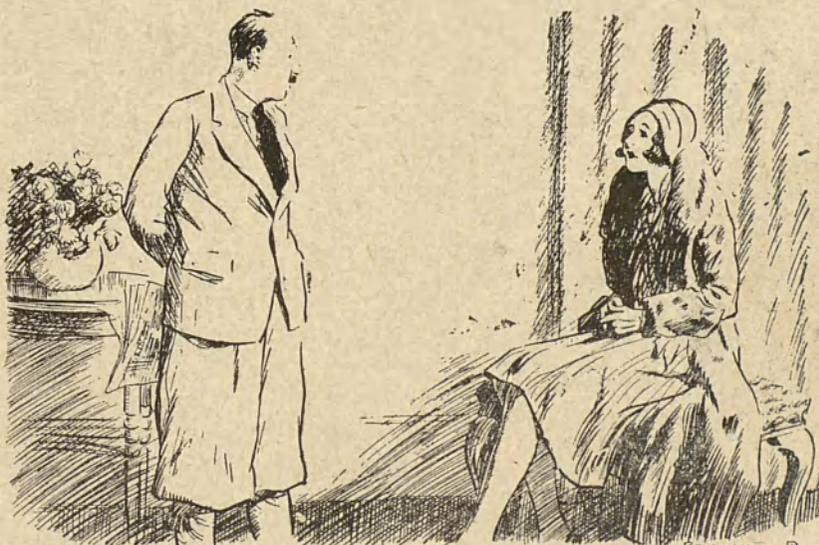
AGUA DE COLONIA HIGIENICA LA CARMELA ELABORACION ESPECIAL LOPEZ CARO

INVENTO MARAVILLOSO

Para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los 15 dias de darse una locion diaria. Su accion es debida al oxigeno del alre, por lo que constituye una novedad. No mancha ni la piel ni la ropa. La capa desaparece rapidamente. Ojo con las imitaciones y falsificaciones.

De venta en todas partes

LABORATORIO CASPE 32 BARCELONA



Ella.—La modista dice que no me hace otro vestido hasta que le pagues la cuenta...

El.—¡Magnífico! La voy a escribir dándola las gracias...

(De The Humorist.)



Correspondencia muy particular



Menda (Alicante).
Es el romance de Menda una idiotez estupenda. Y lo dice menda para que se entere Menda. Y si manda Menda otra cosa como esa, tenga en cuenta que aquí manda menda y que verificará con ella la misma implacable degollina.

Castilforte (El Escorial).
¿"Versos a mi amada?" ¡Horror, mi querido Castilforte! ¡Antes que versos de amor como los tuyos, la "morte"!

V. S. M. (Zamora).—¡Usted es un indiscutible cafre, y que nos perdonen las personalidades distinguidas y aventajadas de la lejana y calurosa Cafrería si el parangón les ofende, que nos está pareciendo que sí les va a ofender!

F. M. R. (Cartagena).—Hemos aceptado, en un momento de insensata benevolencia, dos dibujos de los ¡¡veinte!! que ha fulminado usted sobre esta indefensa Redacción.

Balbino (Madrid).
Desaforado Balbino: ese cuento es muy cochino.

E. T. N. (Colmenar Viejo).
Ese estupendo rimerero de papel, al que usted titula sencillamente "Trajedia", sólo nos sugiere esta observación: que una "trajedia" con "jota" no puede ser tragedia jamás. La jota lo impide, como lo impediría un charleston o una milonga u otra futesa tan bailarina como las citadas.

J. G. P. (Valladolid).
Deploro mucho decir que usted no puede aspirar al honor de publicar aquí su cuento "El fakir".

Estambulowsky (Puerto de Santa María).—Es de una lamentable deficiencia, castizo compañero.

N. P. D. (Zaragoza).— Su breve (menos mal) trabajo literario, que lleva (o llevaba)

el título de "Futesas", lo hemos arrojado al cesto, con otras varias futesas de otros varios señores tan amables como usted.

S. L. B. (Valencia).— Su composición, que acaba en una intolerable descomposición, nos resulta una maloliente ignominia, de la que es preciso que usted se arrepienta pero que a escape.

Jorge Rojo (Madrid).
Eres bruto cual cerrojo, inefable amigo Rojo.

C. V. H. (Bilbao).—No tiene ninguna gracia su articulejo. Con el alma partida (más que partida, hecha cisco) lo ponemos en su triste conocimiento.

E. M. R. (Barcelona).—Bien el estilo. Desagradable el asunto. Y desagradable para nosotros el tener que decirle que Dios le ampare y que celebraremos que otro día tenga la suerte menos negruzca que hoy.

P. E. Q. (Alicante).—¡Poca mojama podrá usted adquirir en el mercado con el dinero que le produzca la literatura!

Sacristán (Segovia).
Mi querido Sacristán: ¡qué mal tus versos están!... No escribas con tanta prisa y ponte a tocar a misa, que más te lo estimarán...

Los lectores, nosotros y todos los desgraciados prójimos que tengan el dolor de cono-

certe en tu lamentable aspecto poético.

A. G. B. (San Sebastián).— Su "Broma veraniega", si es broma (que por cierto no lo parece por ningún lado), pero, en fin, si es broma puede pasar...; pero a ese extremo llevada y en el papel estampada, no la puedo tolerar.

B. T. M. (Madrid).—Su cuento "La sombrilla" tiene muy poca sombra, por no decir que ninguna, que es lo que debíamos decir para decirlo como es debido.

A. D. C. (Gijón).—Esa narración es salvaje, mal educada, analfabeta y cavernaria. Y BUEN HUMOR, hasta la fecha, es un periódico civilizado, culto, elegante, sonriente y bastante municipal, gracias sean dadas al Altísimo, que así lo ha dispuesto con su inmensa sabiduría.

El guardia 555.— ¡¡Socorro!!!... ¡¡Que llamen a otro guardia para que se lleve a éste!!!...

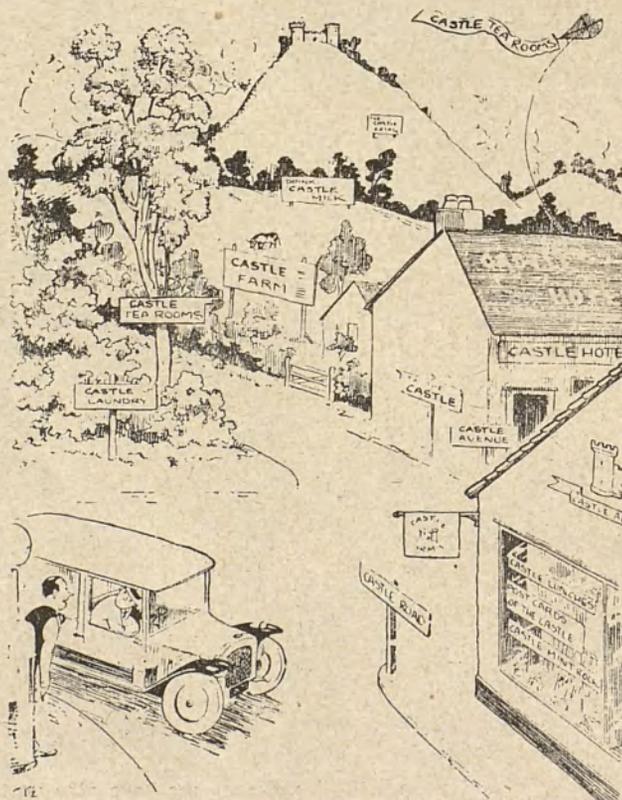
El niño de oro.—Es de una fetidez que ennegrece la epidermis.

L. T. C. (Madrid).—Su envío es tan desmesuradamente idiota, que nos bastaría con publicarlo para vernos libres de usted para siempre; porque leerlo el gobernador civil y ordenar el ingreso de usted en el pabellón de cretinos del Manicomio provincial, era cuestión de dos o tres horas nada más.

T. L. R. (Cartagena).
Era una cosa fatal "El fantasma del portal".

El conde de Montecristo (Torrelavega).—No sirve.

F. P. C. (Madrid).
Esas "Cosquillas" sencillas son bastante medianillas.



—¿Podía decirme si estamos cerca del castillo?...

(De Le Rive.)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

Compañía General de Artes Gráficas.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



—Pero ¿por qué no intenta usted quererme?

—¡Si no tengo tiempo, Ramiro! El auto, la clase de alemán, el piano, la natación.....; me es imposible, Ramiro; se lo aseguro.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. FOGUES.—Valencia.